

McGOVERN Y LOS VIEJOS DEMOCRATAS

LA triste balada del senador Eagleton ha terminado. La figurilla ha vuelto a la nada de donde había salido para ser candidato a la Vicepresidencia con McGovern —Ya sé que muchos me llamáis Tom, ¿qué?», dijo él mismo a la convención de la que emergió—, pero se ha llevado consigo parte del prestigio del senador McGovern. La imagen se ha roto —aún hay tiempo para restaurarla— de una manera sensible. McGovern mantenía la imagen de un hombre sin prejuicios capaz de defender desde la posible Presidencia no sólo a grandes grupos políticos del país, sino a grandes grupos de marginados sociales, de personas que bordean los terrenos mismos de la ley: los homosexuales, los partidarios del aborto, los que quieren que las drogas consideradas como menores —la marihuana— se vendan libremente, los desertores, para los que prometió una amnistía... El abandono del senador Eagleton porque en su pasado de hace diez años aparece una neurosis atendida en un clínica psiquiátrica, una multa por exceso de velocidad, un accidente de automóvil. Una parte de la sociedad americana que había impulsado a McGovern pretende que esa especie de antecedentes que persigue exageradamente a un ciudadano durante toda su vida y le perjudica en su actuación pública —la dictadura del fichero, del expediente, del archivo, del registro— sea de alguna manera abolida. McGovern les ha decepcionado.

AL mismo tiempo, ha decepcionado en uno de los elaborados rasgos de su personalidad, el de la eficacia. El y su equipo debían haber conocido todo lo referente a Eagleton antes de elegirle para la candidatura de vicepresidente, él y su equipo debían haberle defendido frente a la presión de la famosa maquinaria del partido o, de haber optado por lo contrario, debían haberse desprendido de él apenas los rumores iniciados, en lugar de la larga semana de dudas y vacilaciones que terminó con su evicción.

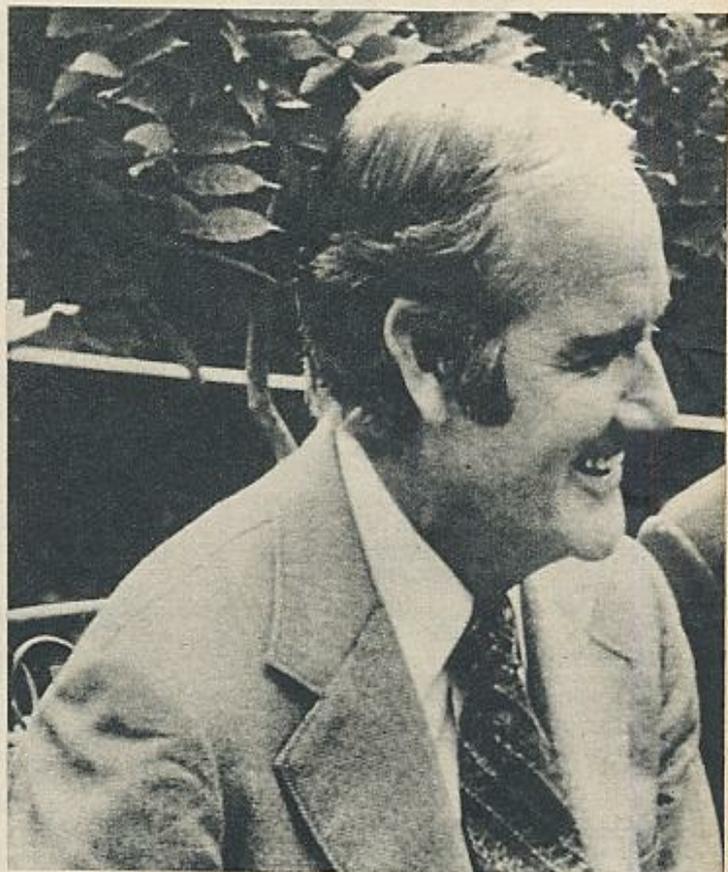
OTROS grupos se sienten heridos por la situación. Eagleton había sido elegido por algo: representaba, o debía representar, un equilibrio añadiendo a la candidatura valores que McGovern no tiene. Por ejemplo, es un católico que debía atraer a los católicos inquietos por la religión de McGovern; un especialista en relaciones sindicales que tenía que atraer a los sindicatos, reacios a McGovern. Y constituía un puente para reconciliar con el candidato a los sectores del partido que le son opuestos.

TODO esto se ha hundido. Ciertamente, el nombramiento de Sargent Shriver puede restañar algo de la herida. Shriver es católico, y es un miembro lateral de la familia Kennedy: está casado con una hermana de John, Robert y Edward Kennedy y tiene un historial político brillante: ha sido presidente del Cuerpo de Voluntarios para la Paz —una institución que atrajo a muchos jóvenes americanos de buena voluntad, pero que ha estado muchas veces infiltrada por la CIA y poco a poco se ha convertido en un cierto sistema de paternalismo imperial—, presidente de la Oficina de Oportunidades Económicas (el organismo de lucha contra la pobreza, en el que Shriver dejó fama de ser enormemente eficaz), embajador en París —es decir, protagonista de la lucha contra el desafío antiamericano del general De Gaulle— y embajador de Estados Unidos ante las Naciones Unidas. Puede ser una ayuda eficazísima para McGovern, y tiene para sí la del poderoso «clan» de los Kennedy. Cuando escribo, aún falta para que el nombramiento sea efectivo la aprobación del Comité Nacional Demócrata, que forma parte de la «máquina» del partido y que desde la misma convención demócrata aparece como hostil a McGovern. Se decía que este Comité, que se reúne este mismo martes en que se cierra esta página, parecía dispuesto a jugar una broma cruel a McGovern: volver a nombrar a Eagleton candidato a la Vicepresidencia. Parece que el propio Eagleton se ha negado rotundamente a que se utilice una vez más su caso y su nombre, y que el de Sargent Shriver puede pesar lo suficiente como para conseguir la confirmación.

PERO antes de llegar a la elección de Shriver —la «elección del siglo», como ha dicho McGovern al anunciarla por televisión—, el candidato demócrata a la Presidencia ha tenido que recorrer un amargo camino de negativas. Cinco personalidades, que se sepa, se han negado a aceptar la candidatura a la Vicepresidencia: Edward Kennedy —que ya se había negado antes de la convención—, Hubert Humphrey, Frank Church, Abraham Ribicoff y, finalmente, Edmond Muskie, que había puesto ciertas condiciones —entre ellas, una económica: 250.000 dólares para pagar las deudas de Muskie contraídas para llevar adelante su fracasada campaña electoral— y que, aun después de aceptadas éstas por McGovern, se echó atrás. Parece que esta serie de negativas no tiene precedentes en la política de los Estados Unidos: la candidatura a la Vicepresidencia por uno de los dos grandes partidos ha sido siempre la ocasión para un político de hacer una campaña a costa del partido y, aun perdiendo, situarse en una primera fila nacional. Fue el caso del propio Muskie en las elecciones de 1968; candidato a la Vi-

cepresidencia, derrotado al mismo tiempo que Humphrey, se convirtió en una gran figura, que le ha permitido después optar a la candidatura presidencial y mantenerse en un excelente puesto para dentro de cuatro años. Pero si nadie ha querido ser compañero de McGovern es porque las previsiones de derrota de éste son abundantes.

PERO, en efecto, que las encuestas de opinión pública siguen siendo cada vez más favorables a Nixon. Antes de la convención, las auscultaciones de opinión daban una ventaja a Nixon del 53 por 100; tras la convención —es decir, tras el nombramiento de McGovern— la puntuación ascendió a 56; el episodio de Eagleton la ha elevado a 60, y aún no se sabe si descenderá por la elección de Sargent Shriver. Un cierto pavor reina en el partido demócrata. Unos setenta y cinco miembros importantes del partido —los ancianos poderosos— se han reunido ya con objeto de formar un «comité para la reelección de un Congreso Demócrata» (o sea, con mayoría demócrata). Temen que la derrota de McGovern alcance no sólo a su propia candidatura, sino a todo el partido, y que por primera vez en los últimos veinte años los republicanos barran literalmente —es su expresión— el Congreso. Un cierto número de millonarios, de hombres de negocios, de conservadores demócratas, forman este comité, que es en realidad el de los desechados por el triunfo de McGovern. Otros —como John Connally— han preferido sumar su facción de partido al propio Nixon: los «Demócratas for Nixon» prefieren la victoria de un republicano a la del heterodoxo de su propio partido. Estos grupos tratan de sostener que la irrupción de McGovern ha sido un puro accidente, una situación aberrante en una época de confusión y de crisis de sociedad, pero que no es irreparable: de la derrota de McGovern en 1972 puede surgir otra vez el poderoso partido antiguo, que se rehaga para las elecciones de 1976, en las cuales Nixon ya no será elegible, por haber cumplido el máximo de dos mandatos consecutivos, y será entonces el partido republicano el que tenga que hacer emerger otra figura.



McGovern ya ha elegido su compañero para las próximas elecciones norteamericanas del Comité Na-

PERO, ¿es tan segura la derrota de McGovern? ¿Va a ser tan catastrófica? Ciertamente que si ya era difícil su victoria antes del caso Eagleton, ahora, por las razones apuntadas más arriba, lo es aún más. Pero cuesta trabajo olvidar que su ascensión, hasta el momento de ser nombrado por los delegados demócratas en la convención de Miami, ha sido sorprendente, inesperada y contra todo pronóstico. ¿Por qué el extraño caso del senador McGovern no puede continuar superando todos los pronósticos? Hay algunas posibilidades de que sea así, y probablemente más de las que se sospechan. En primer lugar, es la contrafigura de Nixon. Es decir, que obtendrá simplemente muchos de los votos que Nixon pueda haber perdido desde que fue elegido hace cuatro años y de los que pueda aún perder hasta noviembre. Pero no son esos votos negativos los que piden darle la Presidencia. McGovern sigue insistiendo en su capacidad para crear una «nueva coalición de personas insatisfechas con el status quo», según sus palabras. Es decir, está utilizando no solamente los votos directamente políticos, sino los de aquellos que repudian enteramente la maquinaria política impenetrable en que se ha convertido la democracia de los Estados Unidos en los últimos tiempos. McGovern busca idealistas —por ello su gran error al aceptar las presiones para eliminar a Eagleton—, busca insatisfechos, busca jóvenes —una de sus oportunidades está en los que nunca han votado hasta ahora, entre el gran grupo nacional que abarca a los que tienen de dieciocho a veinticuatro años de edad en estos momentos—, busca marginados, decepcionados de la actual sociedad. Quienes conozcan algo de los Estados Unidos saben que todo americano presenta, más o menos, alguno de estos rasgos: el problema para McGovern está en convencerles de que él representa su cansancio, su aburrimiento de la sociedad materializada, su deseo de renovar la democracia, y de que puede hacerlo.

SON sus bazas. Los grandes políticos creen que son inservibles, y probablemente lo son. Los grandes políticos creen que el mecanismo de la democracia de los Estados Unidos está ya firmemente establecido, de una vez para siempre, y que el reformador heterodoxo McGovern no puede prevalecer contra él. Por eso le abandonan, por eso le repudian y preparan el restablecimiento del partido para cuando termine esta especie de fenómeno meteorológico. Pero hay, probablemente, en Estados Unidos mucha más gente de lo que se cree con ganas de cambiar el sistema, y ven en McGovern una oportunidad de hacerlo (y quizá no tengan razón; quizá, y hasta muy probablemente, si McGovern se instalase en la Casa Blanca se integraría en el sistema); y en estas gentes reside la posibilidad de que el escándalo McGovern continúe adelante y proporcione una sorpresa en las elecciones del 7 de noviembre.



anas. Se trata del cuñado de los Kennedy, Sargent Shriver. Falta aún la aprobación del Demócrata.



El Presidente Sadat, con el coronel El Ghadaffi.

LIBIA, EGIPTO Y PALESTINA

El panarabismo es una vieja ilusión: la unión de Libia con Egipto, que debe suceder en septiembre de 1973, según el acuerdo de fines de julio entre los dos países, es uno de sus pasos. Otros han fallado. En 1958 se fundó la República Árabe Unida, de una fusión entre Egipto y Siria; vivió mal y se disolvió entre acusaciones mutuas en 1961. En septiembre pasado se acordó una federación entre Egipto, Libia y Siria: apenas funciona, pese al año transcurrido. Ahora se funden —para dentro de un año— dos compañeros de esa federación: el tercero, Siria, acoge bien, oficialmente, la noticia, pero reserva su adhesión. Parece que la salida de los consejeros rusos de Egipto ha sido previa para la unión, y que Libia va a facilitar tanto o más como daban los soviéticos. Libia es rica, tiene una enorme cantidad de petróleo y una población escasa —poco más de dos millones de habitantes—; Egipto es pobre, numeroso —35 millones de habitantes— y mejor preparado técnicamente. Libia está dirigida por El Ghadafi, a quien se atribuye una considerable inteligencia y una poderosa dosis de fanatismo nacionalista árabe: es una figura que emerge en la sucesión panarabista de Nasser, y dicen sus admiradores que con más capacidad que él. Su oposición al comunismo y a la Unión Soviética es, sobre todo, religiosa: cree en

el socialismo islámico, y que toda forma de gobierno posible se encuentra en el Corán. Es puritano y austero. Tiene muchos enemigos. Unos le acusan de que gasta el dinero en la aventura panárabe en lugar de modernizar Libia; otros, de que le falta realismo en la política. Hace unas semanas se dio como casi segura su desaparición en un golpe de estado, y se le suponía el destino de Ben Bella: pero Ghadafi emergió de una aventura aún no conocida con esta baza de la unión con Egipto, que no todo el mundo en su país desea. Parece que aunque la capital de la nueva unión estará en El Cairo, será el coronel Ghadafi quien la dirija. Si no suceden otros acontecimientos de aquí a entonces. Un acontecimiento posible es lo que suceda con Israel. Se sospecha de Ghadafi la intención de atacar, y de ganar la guerra a Israel sólo con manos árabes, sin consejeros soviéticos. Y sujetando a la resistencia palestina. El domingo, Sadat declaraba que el terrorismo había terminado ya. Extraña e intempestiva declaración cuando la organización palestina Septiembre Negro —de la que se dice que su estado mayor reside en Italia— se declara autora del incendio de los gigantes depósitos de carburante de Trieste y del incendio y naufragio de un barco que llevaba material para Israel.